

Un retrato de familia

Enrique Ferrer-Corredor*

Madrid, 1799.

“Debo zarpar antes de que Napoleón intente conquistar Londres, el invierno ha sido arduo en Madrid, me he alistado como primer cañonero de un barco de piratas. Un Viejo amigo, un capitán alemán, me ha dado un mapa y una carta para algún caballero en Memel. Yo he estado sirviendo entre los hombres de su majestad Carlos III. Una traición ha puesto mi nombre entre sus enemigos. En verdad, mi objetivo es seguir la huella de una mujer bella y parece honrada, a quien he conocido de vistas y oídas, en una fonda cerca al famoso Castillo de Klaipėda, durante una parada en este puerto como mosquetero de unos comerciantes ingleses. Ella estaba discutiendo con mando de capitán, incluso sus palabras eran demasiado letradas para mi espada. Ella es el puerto que desconozco. Sus ojos me guían, aunque también me traicionan. En unos siglos mis hijos estarán escribiendo esta hazaña, inútil para la historia, tal vez incluso sangrienta. Esa es mi bitácora. El resto lo ha de decidir el viento, la espada y la noche. Antes debo aprender su lengua rusa, incluso escribirla para oler las huellas de su hogar escandinavo. Ignoro si un día la encuentre. Sé que habita por el mar de Escandinavia, al menos serán pocas las calles de esos pueblos donde ignoren mi búsqueda, sus ojos deben encontrar mi voz. Por ahora tengo un rostro, un nombre, y he sido testigo de que sus ojos han desviado una daga. Sus palabras han fundado esa noche de la fonda más caminos que todas mis andanzas por los mares, incluso las mujeres callaron y sus manos se ocuparon para distraer sus ojos humillados entre rubores de adolescentes”.

—He heredado esta carta de mis antepasados, la he hallado en el fondo de un baúl. La historia nos dice que él la encontró.

Klaipėda, 2011.

Энрике Феррер (Enrique Ferrer)



* Prof. de la Universidad Antonio Nariño.